

MAGNIFICAT

Cardenal Eduardo F. Pironio
Presidente del Pontificium Consilium pro Laicis

Presentación

El Foro Internacional de la Acción Católica nace bajo el impulso y la orientación del Cardenal Eduardo Francisco Pironio. Esta no fue sino una expresión más de su amor y entrega pastoral a los laicos en especial a la Acción Católica a quien tanto amó y a la que acompañó con su palabra rectora desde los inicios de su vida sacerdotal tal como lo expresa en su testamento espiritual: “Magnificat! Doy gracias a Dios por haber podido gastar mis pobres fuerzas y talentos en la entrega a los queridos laicos, cuya amistad y testimonio me han enriquecido espiritualmente. He querido mucho a la Acción Católica. Si no hice más es porque no he sabido hacerlo. Dios me concedió trabajar con los laicos desde la sencillez campesina de Mercedes (Argentina) hasta el Pontificio Consejo para los Laicos. ¡Magnificat!”.

En la I Asamblea Ordinaria del FIAC celebrada en Viena en noviembre de 1994, su presentación ilumina el camino de la Acción Católica en la Iglesia y en el mundo a la luz de la Christifideles laici, para la nueva evangelización.

En septiembre de 1997, cuando su enfermedad le impidió estar físicamente presente en la II Asamblea Ordinaria del FIAC realizada en Buenos Aires, nos regaló la Oración a la Virgen de Luján que juntos rezamos a los pies de Nuestra Señora en su Santuario, al finalizar el encuentro.

Quienes tuvimos la gracia de escuchar su palabra y dejarnos guiar por su sabiduría sabemos que toda su vida fue testimonio de una experiencia muy fuerte de la paternidad divina, de la convicción de que Dios es nuestro Padre y Cristo nuestro amigo.

En los encuentros, en sus escritos, en sus diálogos, en sus enseñanzas, en toda ocasión, nos mostró siempre la dimensión contemplativa de la vida “sean contemplativos en la acción” nos repetía. Fue una constante su invitación a que nuestras palabras salgan de la profundidad de la contemplación y de la serenidad de la cruz, porque sólo así será la Palabra que salve, sólo así podremos llevar una palabra de aliento, de alegría, de esperanza a los hombres y asumir sus angustias y esperanzas.

Fue su vida una expresión de su entrañable amor a la Iglesia, a la que sirvió con generosidad y fidelidad mostrándonos el camino de la entrega serena y humilde de quien no tiene miedo a la cruz porque vive profundamente la alegría del misterio pascual.

María, Nuestra Señora, la Virgen fiel, la Señora de la Pobreza y del Servicio, de la Alegría y de la Esperanza, en cuyo regazo puso el Cardenal Pironio sus preocupaciones y anhelos nos ayude a imitar su ejemplo de una vida vivida con la alegría de la santidad en la comunión misionera de la Iglesia.

Al cumplirse un año de su partida a la Casa del Padre, entregamos a nuestros hermanos de la Acción Católica de todo el mundo esta publicación como un humilde homenaje a nuestro padre, hermano y amigo el Cardenal Eduardo Francisco Pironio.

Beatriz Buzzetti Thomson
Presidenta Nacional
de la Acción Católica Argentina
Coordinadora del secretariado del FIAC

TESTAMENTO ESPIRITUAL

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén! *¡Magnificat!*

Fui bautizado en el nombre de la Trinidad Santísima; creí firmemente en Ella, por la misericordia de Dios; gusté su presencia amorosa en la pequeñez de mi alma (me sentí inhabitado por la Trinidad). Ahora entro “en la alegría de mi Señor”, en la contemplación directa, “cara a cara”, de la Trinidad. Hasta ahora “peregriné lejos del Señor”. Ahora “lo veo tal cual El es”. Soy feliz *¡Magnificat!*

“Salí del Padre y vine al mundo. Ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre”.

Gracias, Señor y Dios mío, Padre de las misericordias, porque me llamas y me esperas. Porque me abrazas en la alegría de tu perdón.

No quiero que lloren mi partida. “Si me amáis, os alegraréis: porque me voy al Padre”.

Sólo pido que me sigan acompañando con su cariño y oración y que recen mucho por mi alma.

¡Magnificat! Me pongo en el corazón de María, mi buena Madre, la Virgen Fiel, para que me ayude a dar gracias al Padre y a pedir perdón por mis innumerables pecados.

¡Magnificat! Te doy gracias, Padre, por el don de la vida. Qué lindo es vivir! Tú nos hiciste, Señor, para la Vida. La amo, la ofrezco, la espero. Tú eres la Vida, como fuiste siempre mi Verdad y mi Camino.

¡Magnificat! Doy gracias al Padre por el don inapreciable de mi Bautismo que me hizo hijo de Dios y templo vivo de la Trinidad. Me duele no haber realizado bien mi vocación bautismal a la santidad.

¡Magnificat! Agradezco al Señor por mi sacerdocio. Me he sentido extraordinariamente feliz de ser sacerdote y quisiera transmitir esta alegría profunda a los jóvenes de hoy, como mi mejor testamento y herencia. El Señor fue bueno conmigo. Que las almas que hayan recibido la presencia de Jesús por mi ministerio sacerdotal, recen por mi eterno descanso.

Pido perdón, con toda mi alma, por el bien que he dejado de hacer como sacerdote. Soy plenamente consciente de que ha habido muchos pecados de omisión en mi sacerdocio, por no haber sido yo generosamente lo que debiera frente al Señor. Quizás ahora, al morir, empiece a ser verdaderamente útil: “Si el grano de trigo... cae en tierra y muere, entonces produce mucho fruto”.

Mi vida sacerdotal estuvo siempre marcada por tres amores y presencias: el Padre, María Santísima, la Cruz.

¡Magnificat! Doy gracias a Dios por mi ministerio de servicio en el episcopado: Qué bueno ha sido Dios conmigo! He querido ser “padre, hermano y amigo” de los sacerdotes, religiosos y religiosas, de todo el Pueblo de Dios. He querido ser una simple presencia de “Cristo, Esperanza de la Gloria”.

Lo he querido ser siempre, en los diversos servicios que Dios me ha pedido como Obispo: Auxiliar de La Plata, Administrador Apostólico de Avellaneda, Secretario General y Presidente del CELAM, Obispo de Mar del Plata y luego, por disposición del Papa Pablo VI, Prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares y finalmente, por benigna disposición del Papa Juan Pablo II, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos. Me duele no haber sido más útil como obispo, haber defraudado la esperanza de muchos y la confianza de mis queridísimos Padres los Papas Pablo VI y Juan Pablo II. Pero acepto con alegría mi pobreza.

Quiero morir con un alma enteramente pobre.

Quiero manifestar mi agradecimiento al Santo Padre, Juan Pablo II, por haberme confiado, en abril de 1984, la animación de los Fieles laicos. De ellos depende, inmediatamente, la construcción de la civilización del amor. Los quiero enormemente, los abrazo y los bendigo; y agradezco al Papa su confianza y su cariño.

¡Magnificat! Doy gracias a Dios que, por el Santo Padre Pablo VI, me ha llamado a servir a la Iglesia Universal en el privilegiado campo de la vida consagrada.

¡Cómo los quiero a los Religiosos y Religiosas y a todos los laicos consagrados del mundo! ¡Cómo pido a María Santísima por ellos! ¡Cómo ofrezco hoy con alegría mi vida por su fidelidad!

Soy Cardenal de la Santa Iglesia. Doy gracias al querido Santo Padre Pablo VI por este nombramiento inmerecido.

Doy gracias al Señor por haberme hecho comprender que el Cardenalato es una vocación al martirio, un llamado al servicio pastoral y una forma más honda de paternidad espiritual. Me siento así feliz de ser mártir, de ser pastor, de ser padre.

¡Magnificat! Agradezco al Señor el privilegio de su cruz. Me siento felicísimo de haber sufrido mucho. Sólo me duele no haber sufrido bien y no haber saboreado siempre en el silencio mi cruz. Deseo que, al menos ahora, mi cruz comience a ser luminosa y fecunda.

Que nadie se sienta culpable de haberme hecho sufrir, porque han sido instrumento providencial de un Padre que me amó mucho. ¡Yo sí pido perdón, con toda mi alma, porque hice sufrir a tantos!

¡Magnificat! Agradezco al Señor que me haya hecho comprender el Misterio de María en el Misterio de Jesús y que la Virgen haya estado tan presente en mi vida personal y en mi ministerio.

A Ella le debo todo. Confieso que la fecundidad de mi palabra se la debo a Ella. Y que mis grandes fechas - de cruz y de alegría - fueron siempre fechas marianas.

¡Magnificat! Agradezco al Señor que mi ministerio se haya desarrollado casi siempre, de un modo privilegiado, al servicio de sacerdotes y seminaristas, de religiosos y religiosas y últimamente de los fieles laicos. A los sacerdotes a quienes, en mi largo ministerio, pude hacerles algo de bien les ruego la caridad de una Misa por mi alma.

A todos les agradezco el don de su amistad sacerdotal. A los queridos seminaristas - a todos los que Dios puso un día en mi camino - les auguro un sacerdocio santo y fecundo: que sean almas de oración, que saboreen la cruz, que amen al Padre y a María.

A los queridísimos religiosos y religiosas, “mi gloria y mi corona”, les pido que vivan con alegría honda su consagración y su misión. Lo mismo les digo a los queridísimos laicos consagrados en la providencial llamada de los Institutos Seculares. A todos les pido que perdonen mis malos ejemplos y pecados de omisión.

¡Magnificat! Doy gracias a Dios por haber podido gastar mis pobres fuerzas y talentos en la entrega a los queridos laicos, cuya amistad y testimonio me han enriquecido espiritualmente. He querido mucho a la Acción Católica.

Si no hice más es porque no he sabido hacerlo. Dios me concedió trabajar con los laicos desde la sencillez campesina de Mercedes (Argentina) hasta el Pontificio Consejo para los Laicos. *¡Magnificat!*

Pido perdón a Dios por mis innumerables pecados, a la Iglesia por no haberla servido más generosamente, a las almas por no haberlas amado más heroica y concretamente.

Si he ofendido a alguien, le pido que me perdone: quiero partir con la conciencia tranquila. Y si alguien cree haberme ofendido, quiero que sienta la alegría de mi perdón y de mi abrazo fraterno.

Agradezco a todos su amistad y su confianza. Agradezco a mis queridos padres - a quienes ahora encontraré en el cielo - la fe que me transmitieron. Agradezco a todos mis hermanos su compañía espiritual y su cariño, especialmente a mi hermana Zulema.

Amo con toda mi alma al Papa Juan Pablo II, le renuevo mi entera disponibilidad, le pido perdón por todo lo que no supe hacer como Prefecto de la Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares y como Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos.

Dios es testigo de mi absoluta entrega y de mi total buena voluntad. Le agradezco la delicadeza y la bondad de haberme querido nombrar cardenal Obispo de la Diócesis Suburbicaria de Sabina - Poggio Mirteto.

Renuevo a las queridas Siervas de Cristo Sacerdote, que me acompañaron durante tantos años, toda mi gratitud, mi cariño paternal y mi profunda veneración por su vocación específica, tan providencial en la Iglesia. Las quiero mucho, rezo por ellas y las bendigo en Cristo y María Santísima.

Agradezco a mi querido y fiel Secretario, el R. P. Fernando Vérguez, Legionario de Cristo, su cariño y su fidelidad, su compañía tan cercana y eficaz, su colaboración, su paciencia y su bondad.

Pido que hagan celebrar misas por mí y rezar por mi alma y las de tantos por quienes nadie se acuerda.

De un modo especial quiero que hagan rezar por la santificación de los sacerdotes, de los religiosos y las religiosas y de todas las almas consagradas.

Quiero morir tranquilo y sereno: perdonado por la misericordia del Padre, la bondad maternal de la Iglesia y el cariño y comprensión de mis hermanos. No tengo ningún enemigo, gracias a Dios; no siento rencor ni envidia a nadie. A todos les pido que me perdonen y recen por mí.

¡Hasta reunirnos en la Casa del Padre! «Los abrazo y bendigo con toda mi alma por última vez en el nombre del Padre y el Hijo y el Espíritu Santo! Los dejo en el corazón de María, la Virgen pobre, contemplativa y fiel. ¡Ave María! A Ella le pido: “Al final de este destierro muéstranos el fruto bendito de tu vientre, Jesús”».

Cardenal Eduardo F. Pironio
Presidente del Pontificium Consilium pro Laicis

EL CAMINO DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO, A LA LUZ DE *LA CHRISTIFIDELES LAICI* PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

*El Dios de la esperanza os colme
de todo gozo y paz en vuestra fe,
hasta rebosar de esperanza
por la fuerza del Espíritu Santo
(Rm 15,13).*

Estas son mis primeras palabras de saludo y augurio para todos vosotros los que asistís a este II Forum Internacional de la Acción Católica. Mi deseo es que el Espíritu Santo obre profundamente en nuestros corazones produciendo una sobreabundancia de paz, de alegría y de esperanza. Esa esperanza que *"no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado"* (Rm 5,5).

A esta esperanza yo los invitaba - con palabras de Juan Pablo II - en mi reflexión para el Forum de 1991. *"Dios está preparando una gran primavera cristiana, de la que ya se vislumbra su comienzo"* (R.M. 86). Pero una esperanza que nos abre a nuevos horizontes, a nuevos compromisos, a nuevos pasos en el camino de evangelización y de misión de la Acción Católica

Uno de los signos de esta *"gran primavera cristiana"* lo constituye la autoconciencia que la Iglesia va teniendo de sí misma en todos sus miembros: laicos, presbíteros y religiosos. La Iglesia como Misterio, como Comunión, como Misión; o dicho con una frase que me es particularmente querida y que lo sintetiza todo: *la Iglesia como Misterio de comunión misionera*. Con el reciente Sínodo sobre la Vida Consagrada - que acaba de concluirse ayer - se cerró una magnífica reflexión sobre la *"circularidad de comunión"* que había empezado con el Sínodo sobre los Laicos (87), se continuó en el Sínodo sobre la formación de los sacerdotes (90) sacerdotes que viven, sirven y comunican el Misterio - y se concluye ahora con una reflexión (meditación contemplativa) sobre este don de Dios a su Iglesia que es la Vida Consagrada: en sus diversas formas de Vida Religiosa e Institutos Seculares, vida monástica y vida apostólica, vírgenes y eremitas, nuevas formas de vida consagrada. El Espíritu de Dios está obrando fuertemente en su Iglesia *"en esta magnífica y dramática hora de la historia, ante la llegada del tercer milenio"* (Ch.L. 3).

Otro de los signos de esta "gran primavera cristiana" es la creciente participación de los fieles laicos en la misión evangelizadora de la Iglesia. Su ardiente deseo de una fuerte espiritualidad laical (hambre de la Palabra de Dios - *Lectio Divina* - y de los sacramentos), compromiso creciente de participación en la edificación de la comunidad eclesial y de la construcción de la nueva sociedad. Podríamos señalar, de modo especial, entre estos signos positivos de esperanza el impacto que producen en los jóvenes las Jornadas Mundiales de la Juventud. Constituyen un momento fuerte de evangelización, un signo evidente y práctico de comunión eclesial y una particular invitación a la renovación interior (manifestada en un creciente deseo de santidad y, en muchos casos, un momento decisivo de opción vocacional, sacerdotal o religiosa).

Finalmente yo me atrevo a colocar, entre estos signos claros de esperanza cristiana, la nueva y más profunda conciencia de la Acción Católica como privilegiada forma de asociación eclesial *"en unión muy estrecha con la Jerarquía"* y especialmente participe de su misión apostólica. No en vano el Concilio Vaticano II recordaba a los Obispos el deber de promover las distintas formas de apostolado de los laicos, *"y señaladamente a la Acción Católica"* (C.D. 17; cfr. A.A. 20). Lo mismo ha hecho el Papa Juan Pablo II en la *Christifideles Laici*, recogiendo la Propuesta 13 de los Padres Sinodales: *"Entre las diversas formas apostólicas de los laicos que tienen una particular relación con la Jerarquía, los Padres Sinodales han recordado explícitamente diversos movimientos y asociaciones de Acción Católica"* (Ch.L. 31). Es evidente que la Acción Católica - con diversas modalidades quizás de acuerdo a países y culturas diferentes - ha marcado fuertemente el inicio de la participación de los laicos en la misión de la Iglesia y ha significado el comienzo de una forma asociativa especial que ha hecho crecer y madurar la comunidad cristiana. Sin disminuir la fuerza testimonial y evangelizadora de los nuevos movimientos eclesiales - que *"representan un verdadero don de Dios para la Nueva Evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha"* (R.M. 72) - no hay que olvidarse que *"fue particularmente la promoción de la Acción Católica, por parte de Pío XI, la que abrió un capítulo decisivo en el desarrollo del trabajo de los laicos en el campo religioso, social, cultural, político y hasta económico. La experiencia histórica y la profundización doctrinal de la Acción Católica prepararon nuevas generaciones, abrieron nuevas perspectivas, encendieron nuevas llamas"* (Juan Pablo II, 21-9-94) -. En el camino de la Acción Católica hubo luces y sombras, momentos de desorientación y de cansancio, temores quizás de haber quedado superada por los nuevos tiempos y exigencias eclesiales. Creo que ha llegado el momento providencial del Espíritu Santo para una renovación más profunda en lo espiritual, en lo doctrinal, en su compromiso apostólico y misionero. A esto ayudará ciertamente la celebración de este Forum — sobre el cual volveremos al final — y que quiere abrir a otros países la fecundidad de una experiencia asociativa tan rica en frutos y tan prometedora de esperanzas.

Yo quiero señalar, a la luz de *Christifideles Laici*, algunas exigencias y esperanzas en este camino de la Acción Católica: formación, comunión, audacia y profecía en el Espíritu.

I.- Formación para una Nueva Evangelización

Se ha dicho siempre que la Acción Católica debe ser una *"escuela de formación"*. Y la experiencia nos dice que lo ha sido.

Generaciones de fieles laicos han sido profundamente formados en la escuela de la Acción Católica: de aquí surgieron familias profundamente cristianas, vocaciones sacerdotales y religiosas, laicos comprometidos en los campos de la cultura, de la educación, de la economía y de la política. Sin embargo, a veces se ha acusado a la Acción Católica de ser simplemente *"una escuela"* es decir, de encerrarse en sí misma, de formar en un espiritualismo desencarnado (sin relacionarlo con lo cotidiano de la vida y el compromiso con las realidades temporales) o en una mera estructuración doctrinal (una teología abstracta, profunda pero desconectada de las situaciones nuevas, personales, familiares o de los pueblos). Creo que las acusaciones han sido muchas veces injustas; pero algo de verdad tenían (como lo tenía, también, la formación que se daba en algunos Seminarios e Institutos Religiosos). Precisamente por eso, en los tres últimos Sínodos (laicos, presbíteros, religiosos) se ha insistido tanto en la urgencia de una formación integral, inicial y permanente.

Una formación para la Nueva Evangelización supone:

a - Formación para la comunión. La Iglesia es esencialmente comunión misionera. Lo cual supone, para la Acción Católica principalmente; comunión afectiva y efectiva con los pastores; como toda comunión es, a veces, sufriente, pero siempre es rica y fecunda. Comunión con las distintas realidades del Pueblo de Dios (presbíteros, religiosos y laicos). Una particular sensibilidad eclesial y capacidad de comunión con las diversas formas asociativas: movimientos, grupos, asociaciones;

b - formación para la unidad interior entre fe y vida: a fin de que el anuncio explícito de Cristo vaya unido al testimonio, la evangelización a la promoción humana, el servicio a la profecía, la acción misionera a la oración contemplativa;

c - formación para la construcción *"de comunidades eclesiales maduras"* (Ch.L. 34); comunidades de fe confesada en la adhesión a la Palabra de Dios, celebrada en los sacramentos y vivida en la caridad como alma de la existencia moral cristiana (cfr. Ch.L. 33);

d - formación en la doctrina social de la Iglesia. *"Es absolutamente indispensable ... un conocimiento más exacto de la doctrina social de la Iglesia ... Tal doctrina ya debe estar presente en la instrucción catequética general en las reuniones especializadas y en las escuelas y universidades"* (Ch.L. 60). La Doctrina Social de la Iglesia forma parte de la Teología Moral (cfr. S.R.S);

e - formación para un crecimiento interior en el itinerario progresivo de santidad. Volvemos a un tema que es muy propio de la Acción Católica: que sea *"escuela de espiritualidad y de santidad"*. *"Hoy el mundo necesita el paso de los santos"*. Santos de lo cotidiano (Pablo VI).

II.- Comunión para la Nueva Evangelización

La comunión está en el comienzo y en el término de la Nueva Evangelización. *"La comunión es misionera y la misión es para la comunión"* (Ch.L. 32). Diría que es el centro, el corazón, de la nueva evangelización. Digo el corazón por dos motivos:

a - porque la evangelización supone la Palabra y la Eucaristía

b - y porque el Espíritu Santo (que es Espíritu de amor, de unidad, de comunión) es el *"Protagonista de la misión"* (R.M. cap. V).

"La comunión eclesial es, por tanto, un don; un gran don del Espíritu Santo " (Ch.L. 20).

Pero quiero referirme ahora a la comunión como principio y término de la nueva evangelización aplicándolo de un modo especial a la Acción Católica. *"Esta comunión es el mismo misterio de la Iglesia"*. La Iglesia, como la define el Concilio Vaticano II con palabras de San Cipriano, es *"un pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"* (L.G.4). Precisamente por eso la Iglesia es expresión e imagen (verdadero icono) de la Trinidad. Y es toda la Iglesia la que recibe - en su esencial e irrompible comunión - la misión evangelizadora de Jesús: *"Ir por todo el mundo y proclamar la Buena Nueva a toda la creación"* (Mc 16,15; cfr. Mt 28,18-20).

Es toda la Iglesia - Misterio de Comunión Misionera - la que está recibiendo hoy de Jesús Resucitado, por intermedio de Pablo VI y de Juan Pablo II, el nuevo mandato evangelizador y misionero: *"Id, también, vosotros a mi viña"* (sed Iglesia comunión); *"Id por todo el mundo "* (sed Iglesia misionera).

Para la Acción Católica este llamado a la comunión eclesial y este mandato misionero tiene una exigencia especial que sintetizo así:

- vivir en íntima comunión con la Trinidad que nos habita y con Cristo que nos envía y es la Vid de la cual todos somos sarmientos: intensificar la Vida espiritual en la *Lectio Divina* y la Eucaristía; la comunión crece y se manifiesta en la medida en que se vive "en Cristo Jesús" y "en el Espíritu *Santo*";

- vivir con particular devoción el Misterio de la Iglesia Particular: estáis insertados en la Iglesia de Cristo que se realiza en vuestra Diócesis y en vuestra Parroquia, en comunión perfecta con la Iglesia Universal que preside Pedro. Os recuerdo las palabras de San Pablo: *"Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu"* (Ef 2, 19-22). Vivir la Iglesia, sentir la Iglesia, amar la Iglesia, en su realidad concreta, inmediata, total; la única Iglesia edificada sobre los Apóstoles y siendo Cristo la piedra angular;

- participar activamente en el plan pastoral de la Diócesis, en comunión orgánica con los pastores: preparación, realización, evaluación;

- estar evangélicamente en el mundo - tratando de compartir el sufrimiento y la esperanza de los hombres y de leer desde la fe los nuevos signos de los tiempos para llevarlos a los Pastores e interpretarlos con ellos -. Es un modo de realizar así una comunión salvadora con el mundo; de hacer presente la única Iglesia de Cristo en el corazón del mundo; como reza el lema de este Forum: *"Hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo. Hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia"*; (cfr. E.N. 70): *"El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes"*;

- ir descubriendo y ocupando los nuevos areópagos donde la Iglesia tiene que proclamar la Buena Nueva de Jesús con el nuevo ardor del Espíritu Santo (medios de comunicación, campo de la cultura, deportes, mundo del trabajo y tiempo libre). Ir creando espacios de presencia, de testimonio, de evangelización misionera.

III.- Audacia y profecía en el Espíritu

*"El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido para anunciar
a los pobres la Buena Nueva"
(Lc 4,18; cfr. Is 61,1-2)*

Quiero volver a un tema, ya insinuado más arriba, y que está en el corazón de la nueva evangelización y en el corazón de la Acción Católica: *"la vida en Cristo", "la vida en el Espíritu"*. La nueva evangelización exige testigos ardientes y profetas creíbles. Estamos en una época de martirio. Se necesita audacia y profecía. Quisiera recordar brevemente algunas exigencias de una espiritualidad laical que es muy propia de la Acción Católica y es esencial para la nueva evangelización.

a - **Dimensión contemplativa** de toda actividad apostólica y misionera. Es una exigencia interior del Espíritu que habita en nosotros. El Espíritu nos hace profetas (es decir, *"la boca de Dios"*, no somos nosotros los que hablamos, sino el Espíritu que habita en nosotros y habla por nosotros) y el Espíritu nos hace testigos (*"recibiréis la fuerza del Espíritu y seréis mis testigos"*, Hch 1,8). Esta dimensión contemplativa supone:

- la meditación continua de la Palabra de Dios: la *Lectio divina*;

- la oración contemplativa que supone momentos de silencio y de oración, de pura experiencia de Dios y de descubrimiento de Dios en la naturaleza, en el trabajo, en los pobres, en la cruz;

- el amor por el desierto, la soledad, el retiro. *"El Espíritu lo condujo al desierto"* (Mc 1,12). Hoy hay hambre de silencio, de búsqueda de Dios en el desierto, de oración. La Acción Católica se caracterizó siempre por la necesidad y gozo de los Ejercicios Espirituales.

b - **Espiritualidad de encarnación**. *"La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros"* (Jn 1,14). La contemplación no nos aleja de la realidad; antes al contrario, nos introduce en ella y crea en nosotros capacidades más hondas para asumir el sufrimiento de los hombres. La dimensión contemplativa nos hace profundamente serenos, luminosos, transparentes. Más cercanos a los pobres y más llenos de la audacia y la profecía del Espíritu. Es decir, más capaces de denunciar las injusticias, de combatir las violencias y de proclamar la fuerza transformadora de las bienaventuranzas; es decir, nos hace más serenamente fuertes y comprometidos.

c - Crecimiento cotidiano en **la vida sacramental**. Engendrados en Cristo por el Bautismo (*"creados en Cristo Jesús"*, Ef 2,19), vamos creciendo hacia la santidad en la fidelidad al Dios de

lo cotidiano: *"así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta"* (1 Pe 1,15). El Sínodo extraordinario del 85 - que tanto nos ayudó a descubrir el Misterio de la Iglesia comunión misionera - nos dejaba la siguiente recomendación: *"Los santos y las santas han sido siempre fuente y origen de renovación en las circunstancias más difíciles de toda la historia de la Iglesia. Hoy tenemos una gran necesidad de santos, que hemos de implorar asiduamente a Dios"* (Rel.F. II, A 4; cfr. Ch.L. 16).

La Acción Católica nos ayudó a descubrir la riqueza inagotable del Bautismo y nuestra vocación fundamental a la santidad. La Confirmación nos ungió con la fuerza del Espíritu para el testimonio y la profecía. *"Vosotros seréis mis testigos"* (Hch 1,8)), La Eucaristía nos asimila cotidianamente al Pan de Vida y nos construye como Iglesia Comunión: *"La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan"* (1 Cor 10,16-17).

El Sacramento de la Reconciliación nos ayuda a recomponer la unidad que hemos perdido y nos hace gustar más profundamente la comunión con Dios en su Iglesia para la salvación del mundo.

Esta fuerte vida sacramental - que tiene sus raíces en el Bautismo y su centro en la Eucaristía - ha sido siempre la fuente de la irradiación pascual de la Acción Católica, de su fecundidad apostólica y de su irrompible comunión con la Iglesia.

Quiero insistir en esto: que la fuerza de la Acción Católica ha sido siempre su unión con la Jerarquía y su fidelidad a la oración y a la vida sacramental. Vivir la novedad cristiana del Bautismo en la participación activa en la Eucaristía; dejarnos purificar por la gracia renovadora de la Reconciliación y renovar cada día la fuerza siempre actuante de la Confirmación. Pero que no quedemos luego cómodamente instalados frente a un Dios que nos hace felices, sino ir cotidianamente al mundo (con sus situaciones nuevas y sus nuevos desafíos) con el renovado ardor del Espíritu Santo para anunciar explícitamente a Jesús y construir su Reino. Pablo VI, de inolvidable memoria, después de haber definido a la Acción Católica como *"escuela de santidad"* y de haber mostrado su lugar teológico en la estructura eclesial (*"ministerialidad laical"*), afirmaba: *"La Acción Católica tiene que descubrir de nuevo la pasión por el anuncio del Evangelio, única salvación posible para un mundo que de otro modo caería en la desesperación"* (25-4-77).

Conclusión

Volvemos ahora, para terminar con una palabra de esperanza, a este Forum que nos convoca y estamos celebrando. El Pontificio Consejo para los Laicos lo ha animado con entusiasmo desde el primer momento. Lo considera siempre como un lugar de encuentro, de intercambio de dones, de colaboración mutua, de promoción de la Acción Católica. De ninguna manera piensa en un super organismo internacional que tenga funciones directivas sobre las asociaciones locales, nacionales. Sería desnaturalizar la identidad propia de la Acción Católica, es decir, su relación esencial hacia la Jerarquía local, sus orientaciones y programas pastorales.

Pero quisiera indicar algunas pistas - ya ciertamente recorridas por vosotros y que me parecen deben marcar el camino de este Forum:

a - que la propuesta de esta forma asociativa tradicional - tan recomendada por el Concilio Vaticano II (cfr. A.A. 20) y tan querida por los Sumos Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II- sea hecha siempre en el marco de una Iglesia Misterio de Comunión Misionera. Es decir, que viva y ame la Iglesia comunión; contagie y expanda su amor; lo haga presente y sensible.

b - Que sea siempre un punto de referencia, humilde y disponible, para la comunión con otras formas asociativas, movimientos y grupos que Dios ha suscitado en estos últimos años en la Iglesia; que se muestre siempre como imagen de comunión de todas las fuerzas laicales en torno a los Pastores y sus proyectos pastorales; para que no sólo haya simplemente laicos, sino un laicado. Hoy día se siente necesidad y urgencia de organicidad en el laicado. Lo pide la situación del mundo y lo exige la fecundidad de una Iglesia comunión.

c - Que se haga, con mucha humildad pero con gran fuerza misionera, sin ánimo proselitista pero con coraje y amor de Iglesia la propuesta de la Acción Católica en aquellos países de Europa Centro-Oriental que buscan formas de organización para los cristianos laicos, adultos y jóvenes; la circunstancia de realizarse este Forum en Viena es verdaderamente providencial.

d - Que se visite con amor filial, respeto y obediencia, a los Obispos. Sin ellos no puede haber Acción Católica. Lo mismo convendría hacer con los sacerdotes - sobre todo párrocos - y con los seminaristas. No se trata de vender una mercadería, sino de recordar y ofrecer, con gratitud y alegría, un verdadero don de Dios a su Iglesia que quiere ser comunión misionera.

e - Finalmente - y creo que es lo principal - que se muestre la imagen de una Acción Católica rejuvenecida, fiel a su tradición original, pero abierta a las exigencias de la historia, profundamente invadida por el Espíritu de Dios, que es Espíritu de comunión y de profecía, Espíritu de santidad y de servicio, Espíritu de pasión evangelizadora y misionera. El mundo espera hombres y mujeres nuevos - inmersos en lo cotidiano desde una profunda experiencia de Dios - que anuncien explícitamente la Buena Nueva de Jesús con la audacia profética del Espíritu.

Pero que lo hagan orgánicamente, como expresión de una Iglesia comunión, fuertemente comprometida en la construcción de una sociedad fraterna y solidaria.

Comprometida en la construcción de la civilización de la verdad y del amor.

Dejamos todo en el corazón de María, nuestra Madre y Madre de la Iglesia, en cuyas entrañas virginales *"la Palabra se hizo carne y plantó su Morada entre nosotros"* (Jn 1,14). Nos acompañe siempre María con la gozosa disponibilidad de los discípulos, con el ardor de los testigos y con la serena fortaleza de los mártires.

El camino de la Acción Católica coincide con el camino de María: camino de fidelidad y de servicio, de silencio contemplativo y de cruz, de alegría y de esperanza. Es siempre el camino fecundo del Fiat y del Magnificat. De acción de gracias y de entrega total y generosa. Nos acompañe siempre María con la gozosa disponibilidad de los discípulos, con el ardor de los testigos y con la serena fortaleza de los mártires.

Card. Eduardo F. Pironio

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Nació el *3 de diciembre de 1920* en la localidad de Nueve de Julio, provincia de Buenos Aires (Argentina).

Cursó sus estudios de filosofía y teología en el Seminario San José de La Plata, provincia de Buenos Aires (Argentina) completándolos en la Pontificia Universidad “Angelicum” de Roma.

Fue ordenado sacerdote el *5 de diciembre de 1943* en la Basílica Nacional de Nuestra Señora de Luján, Argentina.

Entre los años *1944 y 1959* se desempeñó como Profesor de Teología en el Seminario Pío XII de la Diócesis de Mercedes (Argentina).

En *1958* fue nombrado Vicario General de la Diócesis de Mercedes (Argentina).

En *1960* fue nombrado Rector del Seminario Metropolitano de Villa Devoto, en Buenos Aires.

En *1963* fue designado Visitador Apostólico de las Universidades Católicas Argentinas y durante ese tiempo fue Profesor y Decano de la Facultad de Teología en la Pontificia Universidad Católica Argentina. Prestó su colaboración en el Concilio Ecuménico Vaticano II como perito. El *24 de marzo de 1964* fue nombrado Obispo Titular de Ceciri y Auxiliar de la Arquidiócesis de La Plata y el *31 de mayo* ordenado Obispo en la Basílica de Nuestra Señora de Luján (Argentina).

Al final del Concilio el Papa lo designa miembro del Secretariado para los No Creyentes.

Fue Asesor Nacional de la Junta Central de la Acción Católica Argentina hasta el *30 de agosto de 1969* y Presidente de la Comisión Fe y Ecumenismo de la Conferencia Episcopal Argentina.

En *1967* Pablo VI le encomendó la Administración Apostólica de la Diócesis de Avellaneda (Argentina). Ese mismo año fue elegido Secretario General del CELAM.

En *agosto de 1968* el Papa lo nombró Secretario de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín, Colombia. En *1970* fue reelecto Secretario General del CELAM.

El *27 de abril de 1972* fue nombrado Obispo de Mar del Plata (Argentina) y tomó posesión de la Diócesis el 26 de mayo de ese año.

En *noviembre de 1972* fue electo Presidente del CELAM y en *1974* reelecto por un período de cuatro años.

En *marzo de 1974* el Santo Padre Pablo VI lo designa para predicar los Ejercicios Espirituales al Papa y a la Curia Romana.

El *20 de setiembre de 1975* fue nombrado Arzobispo titular de Tiges y Pro-prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares.

El *24 de mayo de 1976* el Santo Padre, lo creó Cardenal y le asignó la diaconía de los Santos Cosme y Damián.

El *9 de abril de 1984* el Santo Padre Juan Pablo II lo nombra Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos. Es confirmado el *9 de abril 1989* por otro quinquenio.

El *11 de febrero de 1985* el Papa Juan Pablo II crea la Pontificia Comisión para la Pastoral de la Salud y designa al Cardenal Presidente de la misma. Esta responsabilidad la desarrolló simultáneamente a la Presidencia del Pontificio Consejo para los Laicos, hasta que el Santo Padre con la Constitución *Pastor Bonus* sobre la reforma de la Curia, constituye la Pontificia Comisión como Pontificio Consejo con un Presidente propio.

Participa de todos los Sínodos de Obispos, ordinarios, extraordinarios y especiales.

En *1987* Juan Pablo II lo promovió al orden de los Presbíteros y el 11 de julio de 1995 al orden de los Obispos asignándole la sede suburbicaria de Sabina - Poggio Mirteto.

Fue miembro del Consejo de Cardenales de la Secretaría de Estado, de las Congregaciones para los Obispos, para la Educación Católica, para la Iglesia Oriental, para la Causa de los Santos, para la evangelización de los pueblos, del Pontificio Consejo para la Interpretación de los textos legislativos de la Iglesia y consejero de la Comisión Pontificia para América Latina.

El *20 de agosto de 1996* el Santo Padre le acepta su renuncia como Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, presentada al haber alcanzado el límite de edad.

Muere en Roma el *5 de febrero de 1998*.

Sus restos descansan en la Basílica de Nuestra Señora de Luján.

Viena, 30 de octubre de 1994

ORACIÓN A LA VIRGEN DE LUJÁN

Virgen de Luján, Madre de los pobres y los humildes, de los que sufren y esperan: Tú has querido elegir este lugar, en la inmensidad silenciosa de las pampas argentinas, para escuchar nuestras súplicas, serenar nuestros corazones y hablarnos de tu Hijo: “El Salvador de ayer, de hoy y de siempre”. Este sencillo lugar constituye el corazón espiritual de nuestro pueblo.

Hoy llegamos a Tí un pequeño grupo de discípulos, apóstoles y testigos de tu Hijo que nos hemos reunido en estos días en el Forum Internacional de Acción Católica. Tú has inspirado siempre las grandes empresas de la Acción Católica Argentina y junto a tí fueron creciendo y madurando inolvidables militantes y dirigentes de esta providencial Asociación apostólica de la Iglesia.

Hoy venimos de lejos y de cerca. Somos rostros distintos y culturas diferentes, con un lenguaje diverso, pero nos entendemos en la misma Palabra de tu Hijo que nos dice a cada uno: “Aquí tienes a tu madre”. Y así te sentimos, María, como Madre y Señora nuestra. Sólo te pedimos que nos mires y nos escuches. ¡Tendríamos tantas cosas que decirte, tantas penas que contarte, tantas gracias que pedirte! Para nosotros, para nuestros países, para nuestras Iglesias locales. Pero nos falta el tiempo y las palabras. Sólo nos basta el haber llegado hasta aquí para mirarte y saber que Tú nos miras y nos cambias.

Somos jóvenes y adultos, hombres y mujeres, que quieren vivir la Iglesia en el corazón del mundo, como tu Hijo nos lo pide. Bien comprometidos con la hora y el tiempo que vivimos. Queremos vivir con fidelidad serena, fuerte y humilde, unidos a nuestros Pastores – Obispos y sacerdotes –, a los religiosos y todos los fieles laicos en comunión de Iglesia misionera. Nos sentimos marcados por el fuego del Espíritu Santo y enviados nuevamente por tu Hijo para anunciar a todas las gentes la Buena Nueva del Reino: el amor del Padre.

Hemos penetrado desde la fe el mundo en que vivimos y nos hemos comprometido a hacer, desde el corazón de una Iglesia comunión, un diálogo y un camino de salvación. Sentimos los desafíos de este siglo que termina y las esperanzas que nos ofrece el nuevo que se acerca.

Virgen de Luján, Madre de Jesús y madre nuestra: hoy dejamos en tu corazón nuestra inquietudes y esperanzas, nuestros dolores y alegrías. Queremos ofrecerte nuestra pobreza, nuestra oración, nuestra alegría, nuestra esperanza, nuestro amor a la Iglesia insertada en el mundo como sacramento universal de salvación. Te pedimos que nos hagas fuertes en las dificultades y serenos en los peligros. Tú sabes bien lo que necesitamos: un gran espíritu contemplativo para comprender la pobreza de los hombres y el dolor de los pueblos, una grande capacidad para acoger la Palabra de Dios y ponerla en práctica, una serena fortaleza para abrazar la cruz de tu Hijo y una gozosa capacidad para entregarnos al servicio de nuestros hermanos.

Queremos amar intensamente a la Iglesia y vivir en comunión profunda con nuestro Pastores. Que seamos orantes y misioneros. Que sepamos acoger la Palabra de Dios y contemplarla, ponerla en práctica y comunicarla con el fuego del Espíritu. María Santísima ayúdanos a ser fieles a nuestra hora. Es una hora “dramática y magnífica”, llena de desafíos y de esperanzas. Se necesitan fieles laicos que vivan la santidad de su Bautismo y el compromiso apostólico de la Confirmación; que vivan con sencillez cotidiana el Misterio Pascual; que no le tengan miedo a la cruz ni al martirio. Que sólo vivan la alegría de la santidad en la comunión misionera de la Iglesia.

Gracias, oh Madre y Señora de Luján, por habernos recibido hoy en tu casa, por habernos mirado y escuchado, por habernos hablado y robustecido, por habernos enseñado a ser Iglesia. Ahora nos volvemos serenos y fuertes, llenos de alegría y de esperanza. Volvemos a nuestras

casas, a nuestros países, a nuestras Iglesias locales, con la seguridad que nos dan estas palabras de tu Hijo: "Aquí tienes a tu madre" y llevamos en el corazón la alegría de repetir contigo a Jesucristo - el de hoy, el de ayer y el de siempre - estas palabras tuyas: "Yo soy la servidora del Señor: que se haga en mí según tu palabra". Y nos volvemos a casa llevando tu presencia de madre que nos dice: "Hagan todo lo que él les diga". Así nos comprometemos y que así sea. Amén. Aleluya.

Card. Eduardo F. Pironio

Luján, 14 de septiembre de 1997
II Asamblea Ordinaria del FIAC